


En fin, para terminar, reitero mi interés por profundizar la toma de conciencia: la toma de conciencia como proceso sin linealidad que nunca llegará a la conciencia. En un sentido análogo participo de la necesidad de profundizar las políticas de la memoria que redunden en una mayor reflexividad y en poder repensar lo sucedido, siempre y cuando haya procesos de justicia y se castiguen las responsabilidades individuales y sociales en torno a la cuestión.

Pablo Bonavena

Sociólogo, profesor UBA.
Comentarista.

Me toca a mí hacer comentarios e incorporar alguna que otra idea con el fin de trazar un puente para promover el diálogo entre los panelistas y todos ustedes. Voy a empezar reseñando una pequeña experiencia que viví hablando con colegas acerca de estas jornadas que hoy nos convocan, ya que me resulta estimulante pues se localiza en la línea de la temática que pretendíamos poner en discusión los miembros de la revista Conflicto Social a través de esta actividad. Noté que varios compañeros y compañeras hablaban de este encuentro suponiendo que se refería a un evento signado por la cuestión de los Derechos Humanos. En efecto, advertí que el título de nuestras jornadas - Políticas de la memoria o toma de conciencia- en la cultura política e intelectual de esta época, al menos en este ambiente, remite casi automáticamente a esa problemática. Memoria es un concepto que indudablemente hoy casi se transforma en un sinónimo de Derechos Humanos. Lo mismo parecería ocurrir con la noción de “toma de conciencia”. Sin embargo, quiero señalar que seguramente algunas décadas atrás el título de la actividad hubiera referido de manera





inmediata a otras categorías tales como “insurrección” o “lucha revolucionaria”. Creo que en esta perspectiva de otrora aparece algo señalado por María Manerio: la vinculación entre los procesos de “toma de conciencia” con la “toma del poder”. Si hacemos historia veremos que entre estos factores existen distinto tipo de encadenamiento; instalan diferentes imágenes. Estamos frente a un equívoco si consideramos que al hablar de “toma de conciencia o de memoria”, necesariamente nos referimos exclusivamente a la versión más popularizada de los DDHH. Es menester resaltar que en otros momentos era más habitual relacionar la cuestión de la “memoria” como una dimensión mediadora en los procesos de toma de conciencia para la acción revolucionaria o la lucha insurreccional. Esta mirada ha sido reemplazada o eclipsada. La memoria no opera entre la experiencia y la reflexión sobre lo actuado para la construcción de una estrategia de poder; ahora se asocia más a la idea liberal de la existencia de derechos (en este caso DDHH) más allá de las relaciones de fuerza entre los distintos sectores sociales. Esta tensión entre disímiles articulaciones de conceptos podría ser uno de los problemas a discutir aquí, lo que se refuerza con una porción del contenido de la intervención de Daniel Feierstein. Me refiero a la relación que estableció entre “memoria” y “acción”. La distinta asignación de sentido que presenté en el eslabonamiento de conceptos nos interpela acerca de qué memoria se pone en juego, para qué tipo de acción, en la línea sostenida por Daniel.

Fundamento más esta iniciativa para la discusión, procurando sumar elementos.


En una parte de la tradición –podríamos decir- política y sociológica, el proceso de toma de conciencia se asoció -y no casualmente- a la teoría acuñada por Marx y Engels, ligada a la idea de la constitución de un bando, de una identidad política que es una identidad de clase. Esta

cuestión en el marxismo, al menos con toda certeza en los propios Marx o Engels, siempre fue un núcleo problemático que estuvo más esbozado o sugerido que desarrollado, que muchas veces aparece muy cargado de una nomenclatura hegeliana (el “en sí” y el “para sí”). El planteo teórico, y es necesario subrayarlo, posee alguna “oscuridad” en términos de pensar cómo se operacionaliza un proceso de toma de conciencia. Hay dimensiones e indicadores que se tienen en cuenta en tal sentido como los grados de organización y el conocimiento de la fuerza proletaria y de aquellos que se oponen a sus intereses de manera hostil. Más allá de los interrogantes y las respuestas, podemos afirmar que la “toma de conciencia”, al menos para el proletariado, queda emparentada en el marxismo clásico con el intento de fundamentar una acción, una práctica, que tiene que ver con la toma del poder desde la lucha revolucionaria. Podemos decir, en definitiva y obviamente, que se vincula a la lucha por el comunismo.

Gran parte del fundamento de la relación actual entre “memoria” y DDHH estaría asociada a una iniciativa política muy diferente. Haría a los intentos de reconstruir la hegemonía burguesa luego de procesos de agudas crisis y álgidos combates sociales.

Por eso recordemos que Bush era uno de los que planteaba, cosa que después replicó Obama, que ante la violación a los DDHH su país estaba habilitado a ingresar a cualquier nación para hacerlos cumplir con la vigencia de la libertad y las garantías ciudadanas. Y por eso, argumentaron, fueron y siguen en Afganistán, en Irak y en otros lugares del mundo. Recuérdese que con ese nombre se combatió sistemáticamente, hasta el día de hoy, a Cuba. En el caso argentino fue el fundamento de la reconstrucción institucional luego de la dictadura y del descalabro de diciembre del 2001 que terminó con el gobierno de De la Rúa.





En nombre de los Derechos Humanos se procuró y se intenta restablecer la autoridad del Estado y su andamiaje institucional. En esos momentos, más que nunca, se machacó con el principio liberal ya señalado: colocar una serie de derechos con el mismo status que el de la propiedad privada, de alguna forma abstraídos de las relaciones de fuerza. Esto hizo históricamente a la relación que planteó Daniel Feierstein sobre la tensión entre individuo y Estado. Entonces, me parece interesante preguntarse, en la búsqueda de profundizar el tema que propongo para el debate, hasta qué punto existe y se hace preponderante cierta ideología sobre los DDHH que tienen que ver con políticas de la memoria, a veces apuntaladas con fuerte financiamiento, que postulan como su meta devolverle legitimidad al Estado capitalista. Recordemos que en el final de las dictaduras aparece Carter -EEUU de vuelta- como abanderado de la lucha por los DDHH, y promoviendo, incluso por su violación, la caída de varios de los regímenes que habían sostenido el día anterior, como la última dictadura militar en Argentina. En interesante pensar cómo a la salida de la dictadura se pretende reconstruir el Estado y la hegemonía burguesa desde esta perspectiva. Me parece que ese es un prisma sumamente interesante para pensar la cuestión, sobre todo si uno hace, siguiendo la sugerencia que hizo Juan Carlos Wlassic, el listado de todos los asuntos que están ausentes en la constitución de la memoria promovida desde el gobierno.


Respecto a las imágenes del juicio por los crímenes contra la humanidad que se veían ayer por televisión, quisiera recordar una importante omisión. Se debe aclarar sistemáticamente que la gente que ha sido desde el punto de vista jurídico, siguiendo a Daniel Feierstein, sujeto de la afección por el llamado terrorismo estatal, la mayoría o una porción enorme de ella, sufrió lo que sufrió debido al carácter anticapitalista de su lucha. Los desaparecidos y los otros afectados

perteneían a una fuerza anticapitalista. Sus protagonistas han combatido contra el capitalismo, al menos en una porción importante. Esto es necesario recordarlo ya que se suele hablar del tema vaciándolo de un dato que es fundamental, e indispensable para explicar las causas de lo que ocurrió. Esa fuerza no estuvo integrada por gente que buscaba la “ampliación de la ciudadanía” o “reforzamiento y desarrollo de la democracia” como se suele decir. Todo combatiente revolucionario intenta terminar con la ciudadanía. En el listado de temas a tratar este es un factor que no debe faltar.

Hago algunas observaciones más. Una referida a un autor que fue citado aquí y que, según estuve viendo, tendrá un lugar destacado en una de las exposiciones de mañana (ponencia de Edna Muleras). El proceso de la toma de conciencia teóricamente inacabado en la obra de Marx y Engels fue retomado posteriormente por el marxismo; también en la Argentina. Especialmente fue asumido como problema a partir de la Segunda Guerra Mundial por el trotskismo. Es un dato muy importante. El trotskismo gana crecientemente potencia en las ciencias sociales en los últimos años, recordemos conceptos como el de “soberanía múltiple” acuñada a partir de la noción de doble poder, pero esta presencia tiene su tradición. Uno de sus logros fue traer a Piaget al marxismo buscando estudiar el proceso de toma de conciencia. Uno de los pioneros locales fue Nahuel Moreno como reflejo de algunos trotskismos europeos y norteamericanos. Quedó abierto un campo así muy fértil, que también en nuestro país fue profundizado desde otra óptica por Juan Carlos Marín.

Quisiera sumar una mención de un autor muy importante trabajando sobre la misma cuestión, que a diferencia de Piaget, inscribió su obra por propio puño y letra en las páginas del marxismo, y que es menester considerar para profundizar el tema. Me refiero a Lev Vigotsky y sus aportes acerca del proceso de toma de conciencia, porque cruza con





su producción la problemática que tocó Daniel Feierstein y María Maneiro sobre la construcción o el procesamiento colectivo que suponen los procesos de memoria. Según mi entender, Vigotsky nos permite pensar en el pasaje de la dimensión “individual” a la dimensión “colectiva” del procesamiento social en los procesos de toma de conciencia, a partir de su apego a la teoría leninista del Partido y la Tesis VI de Marx sobre Feuerbach. Brinda una orientación que aporta instrumentos para efectuar la tarea.

Una última cuestión sobre un dicho de Daniel Feierstein que refiere a la lógica de la guerra y su aporte al análisis de los enfrentamientos sociales que terminaron en el genocidio. El grupo de investigación que integro tiene una posición más compleja que la asignada en su intervención. La acción genocida no se inscribe meramente en una lógica defensiva de la burguesía, sino que en esta fracción de la sociedad también es factible localizar una política ofensiva a partir de 1969. En realidad hay dos fracciones de la burguesía con diferentes políticas. La fracción más defensiva es la que lleva adelante una política de aniquilamiento más acotada, que estaba integrada, entre otros sectores, por los partidos constitucionales antes del 24 de marzo de 1976. Esa fuerza aplicó de forma más acotada la violencia contra la fuerza anticapitalista. Es importante advertir que no fue lo mismo Acdel Vilas que Bussi; ambos torturaban y asesinaban pero en el marco de distintas estrategias. También es menester recordar que la Triple A antes de la muerte de Perón tenía una política de aniquilamiento más contenida que luego de su fallecimiento. Los campos de concentración del Gran Acuerdo Nacional no se asimilan a los del Proceso, que tuvo una política ofensiva. Nosotros vemos no dos, sino tres fuerzas disputando por sus metas, con muy diferente grado de desarrollo, desde un modelo de análisis no binario, sino tripartito.

Bueno, me quedo ahí. Muchas gracias.